

Evolución del pensamiento sistémico y práctica clínica

Por Marco Bianciardi¹

(Traducción autorizada de Diego Martin²)

Resumen

Esta presentación recorre la evolución del pensamiento sistémico a la luz de la práctica clínica con una orientación sistémico-relacional, y propone una visión contextual del concepto de sistema, en otras palabras, la clausura de la relación observador/observado entendida como emergente de los sistemas de relación y como partícipe en el definirlos y re-definirlos en el tiempo. En las conclusiones se pone en evidencia la importancia de los conceptos de segundo orden en y para el pensar sistémico.

Palabras clave

Observador ciego, Real=muerte, actuar v/s conocer, conceptos de segundo orden

Del sistema objeto al sistema observador

El concepto de sistema nació como concepto heurístico hecho para describir de mejor manera las propiedades del objeto de estudio; y esto ya que permitió explicar las características de articulación interna del objeto y de las inter-relaciones recíprocas entre sus componentes, por ende describir al objeto observado según las propiedades de totalidad, no-sumatividad y equifinalidad. Como ha señalado Paolo Vidali “sistema” no era más que “una versión compleja de la noción de objeto” (Vidali 1998, p.92). En este sentido el concepto de sistema se mantenía bien dentro del paradigma “moderno” y sus presupuestos; y confirmaba la fe en la posibilidades de la razones de representar en un modo cada vez más adecuado y fiel a las características de la realidad, entendiendola como externa e independiente del sujeto de conocimiento.

Cuando me aproximaba a la terapia familiar de orientación sistémica se daba por descontado entender “sistema” en este sentido: concepto que capaz de describe adecuadamente las características de las inter-relaciones circulares propias de los grupos humanos con historia, o bien a las familias en tratamiento. Y aquello, que

¹ Psicólogo Clínico, Coordinador científico de la Asociación “*Episteme*”, Turín

² Psicólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile. Diplomado en Psicoterapia Sistémico Familiar, Universidad de Chile.

quede claro, aún cuando se considerara al “sistema terapéutico” del cual es parte el psicoterapeuta. También las características de éste último de hecho podían ser observadas y descritas precisamente gracias al concepto de ‘sistema’: el paradigma representacional, en consecuencia, lejos de haberse puesto en discusión, era simplemente aplicado al sistema más amplio que comprendía al psicoterapeuta.

La teoría de sistemas autopoieticos de Humberto Maturana y Francisco Varela, y la investigación sobre sistemas autónomos y auto-organización de Heinz Von Foerster, han tenido sobre la teoría y la práctica sistémica un impacto no uniforme: la mayor parte de los centros de terapia familiar, aún dando mayor atención a la importancia de las teorías y de las premisas del terapeuta, han mantenido sustancialmente la propia práctica e investigación bajo un paradigma representacional; otros centros han aceptado con mayor radicalidad el desafío de reformular los propios supuestos sobre los cuales fundaban sus propias prácticas a la luz de una cibernética de segundo orden, permitiéndose entrar de una discusión de una modalidad radicalmente nueva de entender el concepto mismo de “sistema”.

Entre estos últimos centros está, sin duda alguna, el Centro Milanés de Terapia Familiar, fundado y dirigido por Luigi Boscolo y Gianfranco Cecchin, con quienes tuve la fortuna de colaborar en los años de la revolución epistemológica propuesta por Heinz Von Foerster con la epistemología cibernética de segundo orden. Recuerdo el “trabajo”, el cansancio, el esfuerzo para entender que todo lo que conocemos y comprendemos es “construido”, creado, inventado, por un organismo biológico que se caracteriza por la potencialidad de situarse como observador, en tanto, en el vivir y para vivir, traza distinciones dentro de su propio nicho ecológico. Y recuerdo cuán difícil se hacía aceptar en un modo coherente que no existe conocimiento que no se pueda considerar “subjetivo” (es decir creado por un sujeto-dato que los “objetos” no parecen estar en condiciones de conocer, como ha observado astutamente Von Foerster), por lo que, en definitiva, no existe conocimiento que no sea auto-referido.

Luego de esta toma de conciencia, el concepto de “sistema” pudo ser aplicado de modo recursivo a la relación observador-observado, siendo llevado a otro plano y utilizado en un nivel diferente. Inevitablemente, ya no fue posible entenderlo y usarlo como una versión más compleja de la noción de objeto, es decir aplicarlo simplemente al objeto de estudio, a la familia en tratamiento.

Las interrogantes planteadas desde la clínica

Entender el concepto de “sistema” en coherencia con una epistemología cibernética de segundo orden, resultó un desafío pleno de dificultades para la clínica de orientación sistémica desde el comienzo.

Para entender esto basta pensar en el concepto de “hipótesis”, el concepto más importante de la teoría clínica, a mi juicio irrenunciable en la práctica psicoterapéutica de orientación sistémica. La hipótesis sistémica ha sido siempre concebida como instrumento de indagación, y como tal, útil, incluso necesaria, pero

nunca debe considerarse verdadera: para el terapeuta es siempre un riesgo encariñarse con las hipótesis, o “casarse” con ellas, debido a que si lo hace se ilusionaría con llegar a una descripción “verdadera” y quedaría ciego a la circularidad y a la reciprocidad (que por definición) es un sistema terapéutico.

Sin embargo, después de haber asumido una epistemología cibernética de segundo orden, es necesario preguntarse: aún no siendo ni verdadera ni falsa, ¿la hipótesis nos dice algo sobre las reales características de las relaciones familiares? En tanto provisoria, parcial, reduccionista, incompleta, contaminada... ¿la hipótesis traduce de algún modo a los ojos del terapeuta lo que realmente sucede entre las personas de un núcleo familiar? Si la respuesta es “sí”, en el fondo nos mantenemos dentro de una lógica representacional, y confirmamos la tendencia de comprender las características del sistema observado entendido como objeto de estudio; en cambio si la respuesta es “no”, la hipótesis responde únicamente a la premisa teórica del terapeuta, a sus experiencias precedentes, a sus prejuicios. En definitiva a sus características de congruencia interna, tanto desde un punto de vista teórico, como cognitivo y emotivo.

Incluso: si la hipótesis no tiene nada que ver con las (hipotéticas) características del sistema observado, ¿qué sentido puede tener adquirir experiencia, estudiar las hipótesis teóricas y las experiencias clínicas de otros psicoterapeutas, esforzarse en la construcción de hipótesis que resulten útiles?

Si la hipótesis no traduce, por lo menos en algún modo, algo de lo que acontece en el sistema, ¿el terapeuta no puede, en el fondo, sentirse con el derecho de decir todo y el contrario de todo, de afirmar lo primero que se le viene a la mente, de proponer intervenciones más o menos casuales, teniendo la esperanza de que éstas puedan perturbar a la familia en un modo que resulte útil (pero quien establecería, en definitiva, esta utilidad)?

Luego de reflexionar, estas interrogantes apuntan a la relación misma entre “mapa” y territorio. ¿Las diferencias que trazo sobre el mapa tendrán alguna relación con las diferencias (hipotéticas) presentes sobre el territorio que observo? ¿Existe alguna correspondencia (vinculada al punto de vista del observador y limitada por los instrumentos de observación) entre las características del mapa y las del territorio? ¿El mapa traduce (asumiendo que al hacerlo, traiciona) las características que hipotetizo estarían en el territorio? También en este propósito, si la respuesta es “sí” entiendo la relación “mapa”-territorio manteniéndome dentro de una concepción representacional del conocimiento. En cambio, si la respuesta es “no” debo concluir que cada observador está clausurado/encerrado en su “mundo”, el cual podría incluso ser ilusorio, alucinatorio, delirante...

Estas reflexiones sobre la relación entre hipótesis clínicas y características de las relaciones familiares, y más ampliamente entre mapas y territorio, nos llevan a las dificultades, a la problematicidad, al punto crítico de cómo entender el concepto mismo de “sistema”.

Éste último, según una cibernética de segundo orden, se refiere siempre al sistema observador/observado, es decir a la relación circular y recursiva entre un observador y las descripciones que éste construye en coherencia con sus

características de organización interna, obedeciendo a los vínculos de la propia modalidad operacional. Lejos de referirse a las relaciones internas del objeto, por ende a las características de la realidad externa, el “sistema” de la cibernética de segundo orden se refiere a las relaciones entre el sujeto que conoce y lo que éste conoce - relación que, en sí misma, podría no tener nada que ver con la llamada realidad externa (Maturana, 1990, p.20).

A mi juicio, el punto sobre el cual reflexionar es el siguiente: el vínculo recíproco recursivo y auto referente entre observador y observado, donde, entendido en modo radical, parece contraponerse al (y hacer desaparecer el) vínculo de interconexión recíproca entre todos los elementos, o componentes, de la vida y de la evolución. Es decir: mientras en la cibernética de primer orden el concepto de sistema se basa en el axioma de que todo está interconectado, el “sistema” de la cibernética de segundo orden parece implicar que cada observador está conectado únicamente a lo que observa.

Ya que cada (singular) organismo biológico puede considerarse un observador, se llegaría a concebir el mundo viviente como constituido por innumerables observadores encerrados en la relación de reciprocidad constitutiva con lo observado, pero totalmente arrancados el uno del otro, nunca en relación o comunicación entre ellos: mónadas encerradas en el propio mundo que parecerían no poder encontrarse jamás. En la práctica clínica, la conciencia del hecho que cada uno construye un “mundo” propio coherente a las propias modalidades operacionales, por tanto, único y peculiar, llevaría a desconocer la circularidad de las relaciones entre las personas y la reciprocidad del definirse de los mundos de cada uno.

Se puede notar que llevar el concepto de “sistema” a un segundo nivel, y hacerlo trabajar recursivamente al interior de la relación entre el sujeto (que crea un mundo donde se pone como observador) y el “mundo” (desde el cual el sujeto se distingue al crearlo a imagen y semejanza), pareciera implicar el abandono del concepto de sistema así como se pone al primer nivel, donde el individuo debe ser entendido como parte y participante de las relaciones en las cuales está co-involucrado.

Me he preguntado muchas veces si, como sistémicos, no nos hemos venido a encontrar en una suerte de callejón sin salida, presos de una ilusión de alternativas, constantemente oscilantes entre una concesión teórica coherente con el constructivismo radical, y una praxis clínica aún ligada a la idea que la hipótesis pueda, y deba, decirnos algunas de las características sobre lo que *realmente* sucede en las relaciones que transcurren entre las personas que encontramos y que seguimos considerando recíprocamente interconectadas, según los principios y los axiomas de la teoría sistémica.

Las reflexiones que propondré recorren la línea de investigación que la práctica clínica me ha sugerido en estos años a propósito de estas interrogantes.

El observador ciego

Las personas que encuentro en terapia son hombres y mujeres de carne y hueso, íntimamente ligados al contexto de vida en el cual crecieron, al léxico familiar que han aprendido, a las experiencias emocionales que están viviendo. El psicoterapeuta experimenta, se podría decir, cuánto y hasta qué punto las personas que encuentra (en la terapia) puedan mostrarse dramática y visceralmente aferradas a las relaciones para ellos vitales, aunque estas sean evidentemente una fuente de sufrimiento.

Una primera observación concierne entonces a la modalidad misma de entender el concepto de “observador”. Es bueno recordar para este propósito que la célebre afirmación de Humberto Maturana suena como sigue: “*Todo lo que es dicho es dicho por un observador*” (Maturana, Varela, 1980, p.53), donde resalto el artículo indeterminado *un* y la letra minúscula del término “observador” para subrayar el hecho de que no deberemos hablar más del Observador, es decir de un concepto abstracto, incorpóreo, a-histórico, a-contextual, sino siempre y sólo de concretos organismos biológicos, hechos de carne y de sangre, limitados y mortales, malditamente vinculados a las capacidades sensoriales y cognitivas que la deriva genética y la historia de la evolución les han concedido.

Generado como organismo (literalmente: instrumento antes de la deriva genética), con vida gracias al aire que respira y al alimento que lo nutre, un organismo biológico puede ponerse como observador del ambiente que habita, sólo en la medida en que es parte y continúa siendo parte y partícipe/participante del ambiente: el ojo que observa el mundo forma parte del mundo; el sujeto que traza mapas del territorio, es parte del territorio que habita.

Además, el hombre en tanto observador lingüístico, ordena la propia experiencia de lo real según el orden que la lengua natural de pertenencia le propone y le impone. Consigue que su experiencia nazca como compartida y consensual; es así de modo constitutivo, ineludible, necesario, dado que no se da lenguaje que no se sostenga sobre formas implícitas y explícitas de validación consensual. El observador lingüístico, por ende, no sólo es parte y partícipe/participante del nicho ecológico que lo mantiene con vida, sino que y también, recursivamente, es parte y partícipe de la trama de lenguaje que lo precede y que es condición necesaria de su ponerse y proponerse como observador lingüístico, por tanto como “sujeto”.

Es necesario subrayarlo porque el acto mismo de observar conlleva una ceguera respecto a “ser parte de”. La observación implica un punto ciego; se podría decir que se basa y se funda, o se apoya concreta y necesariamente, sobre este punto ciego. El ojo observa lo que lo rodea, pero no puede observarse a sí mismo; el sujeto observa el territorio que lo rodea, pero no puede observar el lugar concreto físico sobre el cual, para poder observar, apoya sus pies en la tierra. En consecuencia, el acto de distinguir crea un mundo que *no comprende al observador*; y se trata obviamente de una ilusión. Resulta evidente si se considera que el observador es, literalmente, mantenido con vida por el contexto que habita, del aire que respira, del alimento del cual se nutre, del terreno sobre el que se apoya para “alzar la mirada” sobre el mundo en el que vive. El observador está entonces ciego: en el mismo acto de situarse como observador, el organismo queda ciego a su ser parte del mundo que observa y del cual se distingue (Bianciardi, 1993). Pero no debemos olvidar que ser

parte y partícipe/participante es *condición necesaria* de la potencialidad misma de situarse como observador.

El problema de la estabilidad de la realidad

Una segunda observación a mi parecer necesaria es la siguiente: la conciencia de la auto-referencialidad del conocer conlleva el problema de la estabilidad y de la continuidad de los resultados del conocer. Si efectivamente nuestro conocer no está anclado al objeto (y a su supuesta estabilidad), y por ende no está garantizado desde una correspondencia con lo real allá afuera de nosotros, ¿qué impide que el conocer mute incesantemente condenándonos a vivir en un “mundo” constantemente cambiante, siempre impredecible y nuevo? Si nuestros mapas no tienen alguna referencia al territorio, ¿por qué no deberemos o podremos modificarlos de modo continuo a nuestro gusto?

Gregory Bateson ya se había planteado el problema en 1964, cuando, hablando de los niveles lógicos del aprendizaje, afirmaba: “*sin la hipótesis de la repetición (del contexto (y sin la hipótesis de que para los organismos estudiados la secuencia de experiencias es efectivamente segmentada en este modo), se seguiría que el “aprendizaje” sería de un solo tipo: precisamente sería siempre aprendizaje cero*” (Bateson 1972, p.314). Las cursivas son del texto: es el mismo Bateson quien subraya cómo la continuidad del contexto es tal *para los organismos*, es decir que no sea un dato objetivo, sino que es construida como diríamos hoy. Si un organismo no pudiese construir una realidad que, en tanto auto-referida, sea a sus ojos estable, viviría en un mundo donde a cada instante todo sería nuevo y desconocido, donde por lo tanto sería imposible aprender y (aprovechar) la experiencia (y también sería imposible sobrevivir).

La estabilidad de nuestros “mundos” auto-referenciales es precisamente construida: venida a menos la hipótesis de una correspondencia del conocer con lo real, la estabilidad del conocer puede ser encontrada exclusivamente en la estabilidad de las modalidades constructivas de los vínculos fisiológicos, de las características del SNC. Estabilidad que por lo tanto es el resultado de una larga historia evolutiva de la especie, es decir de una larga historia de relaciones entre especie y ambiente. En otras palabras: si lo que el ojo “ve” no representa lo real y no corresponde a un dato de la realidad, resulta estable sin embargo porque obedece a los vínculos fisiológicos y modalidades operacionales fijados desde y en milenios de años – y el hecho de que una especie animal haya sobrevivido hasta nuestros días no dice nada sobre la respuesta de su conocimiento de lo real, más bien nos dice que la co-evolución de la especie con el ambiente ha resultado adaptativa, al menos hasta hoy.

Si retomamos estas consideraciones refiriéndonos a la experiencia subjetiva, debemos considerar que la impredecible, increíble, e improbable evolución del hombre lo ha exiliado del Paraíso Terrestre: lo ha arrancado de la inmediatez del vivir la propia ontogénesis obedeciendo simplemente a los vínculos fisiológicos y al instinto como guía segura de la conducta. En efecto, el acceso al lenguaje ha dejado al hombre libre de construir “realidades” imaginarias, virtuales, deseadas o soñadas. El lenguaje inaugura la posibilidad de narrar y re-narrarse a sí mismo versiones siempre nuevas y cambiantes de la propia experiencia.

No podemos ciertamente enfocarnos aquí sobre estos temas, sino para subrayar que se re-propone, evidentemente, el problema de la estabilidad del conocer: y se re-propone a un nivel diferente. Podemos “jugar” con las palabras, podemos mentirnos incluso a nosotros mismos, podemos nombrar lo que no hay e inventar mundos utópicos o temores imaginarios. Aquella estabilidad de los contextos que aparece tan necesaria para la sobrevivencia, ya no garantizada con la respuesta del conocimiento de lo real, no está garantizada en el hombre, tampoco gracias a la rigidez de los vínculos fisiológicos y del comportamiento instintivo.

¿Cómo pueden entonces nuestro “mundo”, nuestra “realidad”, nuestro “universo”, mantener la estabilidad necesaria aún siendo contruidos, y contruidos en términos lingüísticos? Es el mismo lenguaje el que garantiza esta estabilidad. Pero se trata de una estabilidad muy distinta de la supuesta estabilidad del dato de la realidad. Se trata en efecto de una estabilidad que revela ser siempre *in fieri*³, provisoria, precaria, que se pacta y re-pacta constantemente dentro de las relaciones – sobre todo de las relaciones vitales, o emocionalmente más significativas.

Por otro lado, el lenguaje es por naturaleza con-vencional y con-sensual: la arbitrariedad de la conexión entre la palabra y la cosa, entre significante y significado, implica y acarrea la necesidad de un acuerdo y un consenso entre los hombres, ya sea porque entenderse puede resultar esencial para la sobrevivencia, al igual que el agua y el alimento, o bien porque la confirmación por parte del otro significativo de nuestras narraciones (las cuales, no olvidemos, comprenden también la llamada “imagen de sí mismo”) se constituirá como esencial para lo que advertimos como nuestra “identidad”.

Es la relación lo que puede garantizar cierta estabilidad a nuestro “mundo” (que ya no está más garantizado por el dato de la realidad); y el otro estará llamado a garantizar lo que no podrá ser garantizado de una vez por todas. En consecuencia, a pesar de que esto se revela como una verdadera fatiga de Sísifo, no nos cansaremos de llamar al otro para que dé a nuestras narraciones una precaria y por siempre inacabada con-firmación (¡que ellos la *firmen con* nosotros!)

Ya Heinz Von Foerster, al término de un razonamiento exquisitamente lógico donde se apela al “principio de relatividad”, y que retomaremos más adelante, llegará a afirmar: Realidad = Comunidad (Von Foerster 1987, p.233). Y Paolo Vidali, en el preguntarse porqué “*existe una estabilidad de nuestro universo cognitivo, a pesar de que su clausura (cierre) pueda generar un loop infinito de distinciones que (dejan) del todo inestable nuestro mundo*”. Responde: “*es necesario reintroducir en el sistema no sólo el observador, sino los observadores, esto es la comunidad de comunicadores con sus prácticas comunicativas. Del plano de la observación se debe pasar al (co)dominio cognitivo* (Vidali 1988, p.102).

³ Expresión en latín que puede traducirse como “en formación” o “que se está generando”

El sujeto, entonces, generado como nudo palpitante de vida de y dentro un tejido vital del cual no se puede separar sino con la muerte, construirá y re-construirá el “mundo” autónomo y auto referente sólo si participa de las relaciones vitales que, por un lado le dicen cada palabra que él usa para narrarse a sí mismo su experiencia, y por otro lado son constante y desesperadamente buscadas como confirmación del propio mundo tan libre y tan arbitrario.

El sistema observador-observado debe por tanto ser considerado parte y participe de los contextos de vida, ya sea “en el monte” (ser “parte de” es condición necesaria del acto mismo del observar”, o “en el valle” (en la incansable búsqueda de con-firmación, con-senso, com-partir con el otro).

Creo que la práctica psicoterapéutica nos confronta con el drama de este llamado desesperado al otro significativo (que puede ser el mismo psicoterapeuta) para que confirme todo aquello que se advierte como sentido de sí mismo o como identidad subjetiva.

Por todo esto el sistema de la cibernética de segundo orden (el sistema observador-observado) no deja obsoleto, a mi juicio, el sistema de la primera cibernética (el sistema de relaciones intersubjetivas). Al contrario: es precisamente porque y en tanto la realidad subjetiva es construida según modalidades auto referenciales, que ésta no se sostiene sola. Es por siempre carente, vacilante, precaria y provisoria, y necesita incesantemente ser con-firmada y re-confirmada por y en las relaciones.

El sistema observador-observado del cual hemos tomado conciencia con la cibernética de segundo orden, lejos de negar el sistema de la primera cibernética, se revela como lo que nos permite entender porqué y hasta qué punto estamos recíprocamente ligados el uno al otro, así como postula la teoría sistémica clásica. El punto, a la larga, es que el sistema observador-observado y el sistema de relaciones entre observadores no se encuentran nunca, como si se ubicaran en planos asimétricos y no reducibles el uno al otro: su articulación es problemática, y no está resuelta o acabada. Esto porque la irreductibilidad del punto de vista subjetivo y la clausura de la relación auto referente observador-observado, no vienen puestas en discusión desde la necesidad vital de una confirmación recíproca: cada uno de nosotros pide confirmación del propio “mundo” subjetivo a quien nunca podrá confirmarlo plenamente, en tanto vive igual que nosotros en un “mundo” propio insondable; y todos nosotros nos las arreglamos para buscar sostén y reconocimiento en relaciones que nunca podrán asegurarnos confirmación de una vez por todas. Queda siempre una distancia, un infra entendimiento, una imposibilidad. Por esto la evolución de los contextos de vida es y queda impredecible y no comprensible: no podemos com-prenderlo en tanto éste nos comprende; es de hecho al interior de esta articulación nunca acabada e irremediamente carente que nos es dado vivir nuestra experiencia de seres humanos.

Lo real como límite

Espero haber aportado algunas reflexiones útiles para entender como posible, más aún como necesaria, una articulación del sistema observador-observado al /con el sistema de relaciones entre los sujetos.

Pero el asunto no puede ser discutido separadamente de la interrogación sobre la relación entre sistema observador-observado y lo real (la “cosa en sí misma” kantiana) al cual no tenemos acceso: entre los mapas que trazamos y el territorio que habitamos, entre la experiencia inmediata, visceral, emocional, y la ininterrumpida narración de la experiencia que dirigimos a nosotros mismos.

Heinz von Foerster nos recuerda que creer que lo real existe es una elección; somos libres de escoger si adoptar o no el principio de relatividad que nos permite salir del solipsismo: “*Si lo rechazo, yo soy el centro del universo, mi realidad está dada por mis sueños y mis pesadillas, mi lenguaje es un monólogo, mi lógica es una monológica. Si lo adopto, ni yo ni el otro podemos ser el centro del universo. Como en el sistema heliocéntrico, debe existir un tercero que constituya el punto de referencia central. Este tercero es la relación entre el Yo y el Tú, y esta relación es la IDENTIDAD: Realidad=Comunidad*” (von Foerster 1987, p. 233). En la posición de von Foerster, entonces, la elección (ética) de renunciar a la idea que el mundo sea “*solo una fantasmagoría, un sueño, una ilusión de nuestra fantasía*” (ibidem, p. 54), es ante todo un reconocimiento de la existencia del otro: y la relación con el otro, con el Tú, se *identifica* con la “realidad”, es la “realidad”

Estoy convencido de que se trata de una elección, pero de una elección que no depende de la lógica abstracta de un principio como el de relatividad, sino de la conciencia de nuestro ser mortales: negar que lo real exista, significa negar la muerte. Considérese que ninguno de nosotros puede tener la experiencia de la muerte; sin embargo, no podemos dudar de la muerte, de la cual hemos tomado conciencia en el momento lógico en el cual nos hicimos concientes de nosotros mismos como sujetos. Del mismo modo ninguno de nosotros puede tener experiencia de lo real; pero no por esto podemos negar lo real. Lo real, como la muerte, está presente en nuestra experiencia de hombres únicamente como límite: nos somete a las leyes de gravedad y a la impenetrabilidad de la materia, nos ancla a un cuerpo físico, condenadamente limitado, frágil y mortal, cuerpo que es y queda como lugar y condición necesaria para que cada uno de nosotros pueda hacerse observador y narrarlo a sí mismo como “cuerpo”.

Sostengo, por este motivo, que no podemos ni debemos poner en duda lo real.

Al mismo tiempo, si somos coherentes en entender lo real únicamente como límite del cual no nos es dado hacer experiencia, también debemos asumir con coherencia y rigor el hecho que podemos tener acceso sólo a mapas y a mapas de mapas. El problema es que, en este propósito, es extremadamente difícil ir más allá de una posición puramente teórica: aparece casi imposible, para nosotros humanos, no olvidar nunca que lo que conocemos no son más que nuestras descripciones; nuestros significados, nuestra historia. Podemos llegar a una conciencia teórica, o intelectual, del hecho que tenemos acceso solamente a mapas y a descripciones, pero es muy distinto asumir esta conciencia y bajarla a la práctica de nuestro estar en relación: hacerlo significa abandonar de verdad la convicción de que en el fondo, o en definitiva, de algún modo “conocemos” algo de lo real.

Tal vez en psicoterapia, donde no nos ocupamos de lo que tiene realidad concreta y material, sino siempre y sólo de significados, de descripciones, de

narraciones, puede resultar un poco (pero sólo un poco) más fácil ir más allá de una conciencia que quede puramente racional. Recuerdo cuando, no hace muchos años, frente a una situación clínica particularmente difícil, pensara: "... intento entrar a una sesión pensando que lo que me cuentan no tenga nada que ver con lo que habría realmente acontecido: pensando que me cuentan una fábula del todo inventada pero que les hace sufrir porque la creen verdadera".

Fue útil y liberador.

En efecto, para nosotros hombres, es siempre así; y es en este sentido que tenemos que vérnoslas sólo con descripciones y descripciones de descripciones.

No conocemos sino que participamos en las creaciones

Aún sin tener acceso a lo real, para vivir y en el vivir los organismos trazan distinciones y computan "realidades", las cuales resultarán estables únicamente porque "*el sistema nervioso está organizado (se organiza) de modo de computar una realidad estable*" (von Foerster 1987, p. 232). En este sentido ningún organismo puede "conocer" (en el sentido clásico de la adecuación del conocer a lo real), pero todos los organismos, para sobrevivir, deben "actuar" y "hacer" (deben distinguir y computar).

El hombre (organismo biológico cuyo desarrollo lo ha arrancado/liberado de un "hacer" rígidamente vinculado al instinto) diseña mapas, construye hipótesis, inventa descripciones y narraciones: su "hacer" se ha vuelto lingüístico, con toda la libertad creativa que aquello conlleva, y también con el vértigo y la inseguridad y la dificultad de prever "realidades" estables, que esta libertad trae consigo.

El distinguir/computar no "conoce" sino que crea: no permite conocer las características de lo real sino construir realidades que resultan suficientemente estables, aún siendo lingüísticas y por tanto tampoco ancladas a la rigidez del instinto.

Creamos realidades virtuales. Y sólo la historia de cada uno de nosotros nos dirá si nuestras realidades virtuales habrán resultado adaptativas.

Los "mapas" no nos permiten conocer, sino sobrevivir.

Es necesario en este punto retomar el hecho que nuestras realidades virtuales, no pudiéndose apoyar en lo real, no pueden sino apoyarse en la relación, en el otro: a las realidades del otro y a realidades compartidas.

En este sentido, no podemos simplemente afirmar "no conocemos sino que creamos"; debemos más bien afirmar "no conocemos sino que *participamos* (en las creaciones, invenciones, construcciones de mapas, descripciones, narraciones)".

Y como si hubiésemos sido capturados y sacados de nuestro nicho ecológico, como si el lenguaje nos hubiese arrancado de la tierra y llevado a vivir en un vuelo libre (y de las alturas naturalmente vemos solo "mapas" del terreno del cual hemos sido arrancados, sin poder jamás llenar la distancia hasta la tierra); pero para no caer o para no ser llevados por el viento debemos aferrarnos el uno al otro. Nuestra condición humana es este liberarnos en el aire agarrándonos el uno al otro de la mano (como en esa figura creada por paracaidistas), sosteniéndonos unos a otros en una cadena que no sabemos donde tiene el inicio y el final... Incluso: el drama en el cual

vivimos es que este tenernos agarrados el uno al otro será por siempre frágil, carente, ilusorio: de hecho leeré la “realidad” del otro coherentemente con mis premisas y con el cierre observador/observado que me constituye como sujeto autónomo, y el otro hará lo mismo. Aún así no podemos no buscar/implorar/pretender la con-firmación del otro, y no nos cansaremos de hacerlo, hasta la muerte.

Quisiera agregar que, si es verdad que no “conocemos” lo real sino que creamos mapas y descripciones, se sigue que lo que estamos creando aún no está.

Cuando me encuentro con las personas que me consultan empezamos a construir una narración común; lo haremos inevitablemente juntos, coordinándonos o chocándonos, y lo haremos inevitablemente en soledad, cada uno al interior del sistema observador/observado que es su subjetividad. Pero el punto es que al hacerlo, no conocemos algo que ya está, sino que creamos algo que aún no está. Una narración com-partida, evidentemente, no está hasta que la inventamos. Y, en el encontrarnos, la estamos inventando mientras vivimos el encuentro, y estamos participando en el encuentro mientras inventamos juntos una narración.

Ahora, es evidente que no se puede conocer algo que aún no existe

Aquello que aún no se puede hacer, inventar, crear.

Y es lo que nosotros humanos hacemos siempre.

En psicoterapia lo hacemos dentro de límites fijados artificialmente (el setting): por esto es posible verlo con mayor claridad.

Pensar sistémico y conceptos de segundo orden

Creo que todo esto nos conduce a entender el concepto de “sistema”, ya no como concepto que se refiere a los procesos de conocimiento (al objeto de estudio de la primera cibernética; a la relación observador/observado en la cibernética de segundo orden), sino al hacer, al trazar mapas, al construir “realidades”.

Deberemos abandonar la idea de “descripción” y aceptar la idea de “acción”- o más bien: de un participar en la acción, de un “hacer con”.

Creamos incesantemente realidades virtuales, com-plicamos (“entrelazamos con” el otro) historias, significados, narraciones; acordamos con-textos (textos creados por varias manos). Es así como la relación hacer y des-hacer sin descanso tendrá características com-partidas con-venacionales y com-plejas, las cuales imbrican y articulan la circularidad y la reciprocidad entre todos los participantes (postulada en la primera cibernética) con el cierre del círculo auto-referente propio de la cibernética de segundo orden. Se trata entonces de textos y con-textos creados en soledad, no obstante, siempre y de algún modo, al interior de las relaciones en las cuales participamos. Se trata de realidades inventadas dentro y a partir del contexto mismo que estamos contribuyendo a definir desde nuestro punto de vista, el cual es autónomo e irreplicable pero de algún modo parte y partícipe. El punto que considero central para entender, hoy, el concepto de “sistema”, es por lo tanto reconocer de un modo coherente que los organismos vivos no “conocen” sino que actúan. “Sistema” no es lo que conocemos, sino lo que hacemos, o mejor dicho, que contribuimos a hacer: es lo que construimos con el otro, pero en definitiva en soledad; es lo que

creamos solos, sin embargo en relación. Y se tratará, naturalmente, de un sistema de mapas, de descripciones, de significados: de una ecología de las ideas.

Sabemos que nuestro vivir participa entrelazando con-textos complejos donde todo se imbrica y se conecta. Pero no sabemos *cómo* esto acontece ni podemos prever sus efectos. No podemos saberlo, ya sea porque estamos participando desde dentro y siendo una de las partes en juego, o porque el participar de cada uno acontece en soledad, es un buscar sin descanso la mano del otro sin poderla nunca aferrar con fuerza y de una vez por todas.

Debemos sabernos dentro de la “*misteriosa y multifome relación*” entre elemento y contexto (Bateson, 1972, p.190), donde el hecho que la relación sea “misteriosa” no es ni eludible ni reductible: nuestra condición humana es habitar el nudo que entrelaza e imbrica la irreductible autonomía y clausura subjetiva para con la incansable, e imposible búsqueda de acuerdo, confirmación, consenso dentro de las relaciones.

Ahora, si abandonamos de verdad una lógica de “conocer” por una lógica del “hacer”, empezamos a pensar utilizando conceptos de segundo orden: no nos interrogaremos más sobre la correspondencia del conocer con lo real, sino que descubriremos que nuestro conocer es un “hacer” que crea recursividad.

Gregory Bateson propuso por primera vez un concepto de segundo orden (el concepto de deuterio-aprendizaje) que permitiese hablar de subjetividad en términos operacionales y sin caer en tentaciones de emplear supuestos que utilicen sustantivos como “yo”, “sí mismo”, “personalidad”. Ya que construimos “mapas” que no describen las características de lo real, no aprendemos nada de él y sobre el territorio, pero inevitablemente, con el objeto de prever la estabilidad de nuestras descripciones que es necesaria para la sobrevivencia, aprendemos a aprender.

Del mismo modo, cuando trazamos una distinción no observamos una diferencia “objetiva”, sino que “sacamos”, “escogemos”, “creamos” una diferencia congruente con nuestra modalidad perceptiva. Las distinciones trazadas por el sujeto, en consecuencia, no distinguen nada de lo real, pero la actividad del distinguir inaugura un proceso recursivo. De hecho, en el situarse como sujeto, el individuo *distingue el distinguir*: la subjetividad es precisamente el distinguir la distinción entre uno y alguien distinto de uno como distinta de las innumerables distinciones recogidas del ambiente (y en este sentido es una distinción de segundo orden).

Ha sido ante todo la práctica clínica lo que me ha hecho evidente que el pensar sistémico deba utilizar conceptos de segundo orden. De un tiempo a esta parte sostengo que sea irrenunciable “saber de saber” (saber que nuestro saber es construido) y “saber de no saber” (ser conciente de que nuestro “conocer” no describe las características de lo real) (Bianciardi, 2002).

Incluso: si abandonamos cada ilusión relativa al hecho de que la hipótesis diagnóstica describe las características del otro entendido como objeto de estudio, podemos/debemos interrogarnos sobre el “dia” que el término dia-gnóstico contiene, o sea sobre lo que es atravesado cuando formulamos hipótesis (sobre nuestras teorías y nuestras premisas implícitas, sobre nuestros prejuicios, sobre las emociones que ha influenciado nuestro proceso de hipotetización, etc.). Sabiendo que el diagnóstico no puede ser considerado descriptivo, no podemos retenerlo como algo útil para conocer las características del sistema observado, pero lo redescubrimos de un modo útil para formular un “diagnóstico del diagnóstico”- para reflexionar sobre las modalidades

según las cuales estamos participando para acordar el con-texto (el texto escrito con el otro) que imbrica el punto de vista de cada uno con la narración que está emergiendo del encuentro.

Del mismo modo, el concepto de “cura” parece hoy despistar ya que está inscrito en tanto está inscrito en una lógica lineal que implica mantener la posibilidad de que el terapeuta sea separado del sistema y actúe por sobre él de un modo instructivo; pero esto permite introducir el concepto de “cura de la cura”, o sea de atención a cómo el proceso que definimos “cura” evoluciona en el tiempo.

Además: reflexionando con Paolo Bertrando sobre la responsabilidad del terapeuta, hemos propuesto que el terapeuta deba asumir una responsabilidad de segundo orden (una responsabilidad respecto a las mismas modalidades según las cuales entiende la propia responsabilidad profesional) (Bertrando, Bianciardi, 2002).

Y estoy agradecido de Umberta Telfener por la intuición según la cual el terapeuta debe monitorear la evolución de una coevolución (de un proceso que debe considerarse co-definido) y debe saberse responsable de una co-responsabilidad (de una responsabilidad que comparte con las personas que encuentra).

Estoy convencido de que, a partir de estas consideraciones, podemos hoy proponer una “cientificidad” que no se base ni sobre la linealidad causa-efecto propia de la ciencia clásica, ni sobre la causalidad circular propia de la primera cibernética, sino que sobre la operacionalidad recursiva introducida con los conceptos de segundo orden.

Bibliografia

- Bateson G., 1964. “Le categorie logiche dell'apprendimento e della comunicazione”, in Bateson G., 1972. *Verso un'ecologia della mente*, Adelphi ed., Milano 1976.
- Bertrando P., Bianciardi M., 2002. “Terapia etica. Una proposta per l'epoca postmoderna”, *Terapia Familiare*, n. 69.
- Bianciardi M., 1993. “El observador ciego”, *Psicoterapia y Familia*, vol. 6, n.2.
- Bianciardi M., 1998. “Complessità del concetto di contesto”, *Connessioni*, n. 3. (download: www.associazioneculturaleepisteme.com).
- Bianciardi M., 2002. “Sull'insegnamento della pratica clinica”, *Connessioni*, n. 11. (download: www.associazioneculturaleepisteme.com).
- Bianciardi M., 2003. “Osservatore/Soggetto”, in Telfener U., Casadio L. (a cura di), *Sistemica. Voci e percorsi nella complessità*, Bollati Boringhieri ed., Torino.
- Castoriadis C., 1975. *L'enigma del soggetto. L'immaginario e le istituzioni*, Dedalo ed., Bari 1998.
- Maturana H., Varela F., 1980. *Autopoiesi e cognizione*, Marsilio ed., Venezia 1985.
- Maturana H., 1990. *Autocoscienza e realtà*, Cortina ed., Milano 1993.
- Morin E., 1970. *L'uomo e la morte*, eltemi ed., Roma 2002.
- Vidali P., 1988. “La ragione osservativa. Per una teoria dell'auto-osservazione sistemica”, in Barbieri G., Vidali P., *La ragione possibile*, Feltrinelli ed., Milano.
- Von Foerster H., 1987. *Sistemi che osservano*, Astrolabio ed., Roma.